

molestos; y si vive en el campo, puede esclamar, echando una mirada plácida y serena á todos los objetos que le rodean: «Soy el predilecto de la naturaleza.»

Pero esa gran multitud de necios, que recorren las calles de nuestras capitales, y pretenden darse importancia, blasonando de sábios y repitiendo sofismas ridículos y vanos, dirán tal vez que este elogio de la pereza no es mas que una reproduccion, bajo otra forma, de lo que escribieron con elocuente pluma contra las artes y las ciencias Lilio Giraldi, Cornelio Agripa y J. J. Rousseau, constituyéndose en adalides de la ignorancia. Dirán, para indisponer á los lectores contra la verdad, que no debemos olvidar que esos tres autores murieron sumidos en el dolor y en la amargura, como castigo merecido por el abuso que habian hecho de la sutileza de su ingenio y de su erudicion. Yo, aunque no ignoro que Giraldi acabó su carrera mortal abrumado de miserias, que Agripa murió en un caramanchon sin tener ninguno de los recursos que exigia su estado lastimoso, y que Rousseau, segun afirman algunos de sus contemporáneos, se suicidó, digo con noble atrevimiento, que no temo la persecucion de los hombres, cuando emprendo á defender una buena causa; que prefiero mas bien esclamar con esos tres campeones esclarecidos contra la injusticia de mis semejantes, que adornarme las sienes con las coronas de laureles, que ambicionan los espíritus inquietos; que no aspiro á adquirir fama ni renombre, prodigando elogios al progreso y á la actividad, que dan alas á todos los vicios, y que fomentan rivalidades funestas; que no es mi intencion proclamar héroes á los destructores de la humanidad, á esos hombres que llaman conquistas sus robos y usurpaciones; y digo por último, que mi elogio de la pereza se diferencia mucho de las obras de Giraldi, Agripa y Rousseau, porque no demostraron en sus escritos los daños que ocasiona el trabajo, ni lo desaprobaban terminantemente, considerándolo perjudicial y opuesto á nuestra naturaleza. Si en vez de sus diatribas contra las artes y las ciencias, se hubiesen atenido á poner de manifiesto las ventajas de la vida perezosa, habrian logrado lo que anhelaban para el bien de la humanidad, y no habrian irritado el ánimo de los que sostienen con pertinacia que la verdadera grandeza del hombre consiste en ensanchar el círculo de sus conocimientos. La pereza tiene un aliciente muy poderoso, y no es posible sofocarlo cuando se llegan á comprender sus inmensos beneficios. Es cierto, pues, que Giraldi, Agripa y Rousseau se vieron convertidos en juguete de la injusticia y del escarnio, y vieron frustrados todos sus deseos, porque atacaron de frente las artes y las ciencias antes de destruir la preocupacion perniciosa de que debemos todos hacer alarde de actividad é industria. Si en sus doctas elucubraciones se hubiesen dirigido por este camino, habrian visto coronados sus votos, porque en donde reina la pereza no se piensa en vanas especulaciones científicas, literarias y artísticas.

El hombre, dice el docto Virey, no tiene garras como las aves de rapiña, no tiene largos dientes como el tigre, el leon y la hiena, brutos carnívoros y feroces, no tiene astas agudas como el toro, y la naturaleza quiere que se presente siempre en las tribus de todas las demas creaturas, como un pacificador. Debemos, pues, convenir, ateniéndonos al raciocinio de este célebre sábio, que el hombre ha nacido para ser perezoso, y que toda clase de trabajo

es contraria á lo que exigen las leyes humanas y divinas.

Los espíritus turbulentos, que abogan con ahínco en favor de la actividad y del progreso, dirán que mis últimas palabras contradicen la Sagrada Escritura, porque Dios dijo al hombre caído en la culpa: «La tierra no producirá sin el sudor de tu frente.» Esto es innegable, pero todo arrepentimiento aminora el efecto del pecado, y la tierra, que se manifiesta estéril é ingrata con el hombre que vive en esas grandes ciudades, entregadas á la molicie, y que sigue el impulso de sus pasiones violentas, prodiga todavía dones cuantiosos, con generosidad maternal, á los pueblos sencillos que habitan parages separados de las naciones corrompidas. Hé aqui porque Lamennais, que á pesar de sus graves errores, no dejó de columbrar verdades fundamentales, dice en una de sus obras: «Si viviésemos en el reino de la justicia, y nos esforzásemos en recobrar la inocencia primitiva, disfrutaríamos todos de los bienes y tesoros de la naturaleza, y asi como la miel de una colmena es propiedad de todas las abejas, y ningun pajarillo perece en su nido, la tierra prodigaría á todos los hombres sus frutos saludables.» ¡Gran pensamiento! El autor de este pasage considera á todas las creaturas vivientes bajo un mismo punto de vista, y pone con refinado juicio al hombre al lado de la abeja y del pájaro.

Pero ¿no es inconcebible el supuesto de que pueda existir una sociedad, cuyos miembros, abandonados á la pereza, no tengan leyes obligatorias, ni magistrados, ni artes, ni oficios? ¿Cómo puede existir una sociedad cualquiera sin leyes que opongan un dique á la perpetracion de los crímenes? ¿Cómo puede existir sin jueces que fallen en las contiendas entre uno y otro individuo? ¿A qué remedios podrá apelar un padre contra sus hijos discolos? Esa sociedad imaginaria ¿no acabaría por convertirse en un estado anárquico?—¡Sofismas miserables, que revelan la ignorancia profunda de los panegiristas del trabajo! Si triunfa la pereza ¿en dónde habrá crímenes, pleitos é hijos discolos? Todos estos males ¿no son la consecuencia funesta de la exaltacion y desarreglo de nuestras pasiones, de nuestra codicia y de nuestro anhelo en buscar objetos nuevos, que puedan satisfacer las necesidades ficticias, que nos hemos creado? ¡Ah, el verdadero estado del hombre no es este, sino la paz, la tranquilidad, el reposo! El que quiera sostener lo contrario, caerá en el error antisocial de Hobbes, que basa todo su sistema político y filosófico en la idea absurda de que el hombre nace naturalmente malvado y batallador. Los publicistas modernos han reducido á polvo su teoría, y han probado que todos nos inclinamos á ser benignos y piadosos con nuestros semejantes, que todos nos inclinamos á la paz y no á la guerra, y que si queremos secundar los instintos de la naturaleza, nos veremos forzados á vivir en una santa concordia. Diremos finalmente, que es un aserto exagerado é inexacto suponer que la vida perezosa destierra todas las artes y los oficios: la pereza no es mas que la realizacion de aquel descanso, que aborrece todo trabajo que nos cause alguna molestia. Pero los seres vivientes no pueden permanecer siempre inmóviles, como los objetos inanimados, no cabe duda pues, que tambien los perezosos encontrarán cierto regocijo en proveerse de las cosas necesarias, que puedan proporcionarles una existencia mas agradable. Este raciocinio, que se apoya en bases firmes, nos da á conocer que la pereza, beneficiosa para



el hombre, desterrará únicamente las artes y los oficios que son un producto de la depravación. En fin, el reino de la pereza será el de la virtud.

Esas grandes ciudades, á las que se prodigan los títulos pomposos y magníficos de focos y emporios de civilización y cultura, de industria y trabajo, de actividad y progreso, no son mas que reuniones de hombres, que ponen en desasosiego todos los espíritus con sus especulaciones fantásticas y vaporosas, que no tienen aplicación ninguna á nuestro bienestar. ¿Qué haremos de esa filosofía alemana, muy propia, como dijo Jorge Sand, para producir vahidos con sus teorías abstractas é inconcebibles? Según esa filosofía hay cuatro *yo* reunidos en un mismo individuo: el *yo* absoluto, el relativo, el objetivo y el subjetivo. No puedo negar que esta teoría tiene á primera vista algo de consolador porque un hombre, que se ve fraccionado en cuatro sin salir de su gabinete, sin menearse de su asiento, y sin que ninguno se haya atrevido á cortar ó dislocarle los miembros, cree que puede conversar cómodamente con otros tres. Pero, después de haberse mirado de arriba abajo, buscando á todos estos *yo*, que no encuentra, ¿no tiene sobrada razón para esclamar: maldita sea la filosofía alemana?—No veo mas que un *yo* en mi individuo, y dos cuando hablo con otro. ¡Oh, santa pereza, cuan necios son los hombres que se separan de tu seno para vagar en los aires! Uno de los filósofos mas célebres de la docta Alemania, llamado Fichte, después de haber explicado á su manera la formación de las ideas, exclamó: «¡Mañana crearemos á Dios!» ¡Oh tarea sublime! Pero considerando que crear á Dios no es muy fácil, y que debería costar mucho trabajo al loco que pretendiera hacerlo, ¿no es preferible por todos estilos adorar en la paz y en el reposo al Ser Supremo, que fué desde la eternidad, en vez de crear otro con Fichte? ¿Qué diré del *criticismo* de Kant, que sometiendo todo á un examen detenido y sofisticado, considera á la idea como una creación separada de lo existente, y acaba por sostener que la metafísica y la moral no pueden fundarse en un mismo principio? Si esto es cierto, ¿qué provecho sacaremos de una metafísica, que no puede tener aplicación á las necesidades sociales, porque éstas no tienen mas punto de apoyo ni mas guía que la moral? ¿Y hay hombre que pueda llegar á comprender, estudiando la filosofía de Kant, las ideas *a priori*, las ideas puras, y sus categorías? Este sabio acabó por no entenderse á sí mismo. Si Kant, en vez de arrojar al vasto piélago de tantas especulaciones nebulosas, hubiese preferido vivir en el seno de la paz y del reposo ¿no habría ahorrado á la humanidad el trabajo, no menos inútil que perjudicial, de leer sus obras, que han abierto el camino de la locura á otros filósofos alemanes y franceses, los cuales, dirigiéndose por sendas opuestas, los unos pretenden sostener que no existe mas en el hombre que la idea; y los otros, que todo es materia? Algunos de los mas adictos á la filosofía de Kant, queriendo refutar mi opinión, y calificarla de falsa é infundada, dirán que es un testimonio evidente de la profundidad é importancia de sus doctrinas el hecho de que puesta en venta su peluca en la feria de Leipsick, hace ya catorce años, muchos ofrecieron por ella quince mil francos, y no pudieron adquirirla, porque los herederos se negaron á deshacerse de esta hermosa prenda á tan bajo precio. El hecho es real y positivo; pero no prueba nada, y lejos de destruir mi opinión, la

confirma. Los que idolatraban á Kant, no habiendo podido llegar á comprender sus doctrinas muy abstrusas é inconcebibles, supusieron que se habían quedado estampadas con alguna claridad en su peluca, y se ofrecieron á comprarla para someterla á un análisis psicológico. ¿Qué utilidad han producido al bienestar de los hombres, y en que han mejorado nuestra condición Schelling y Fichte, que han fundado toda su filosofía en la idea, Kant con su criticismo, Jacobi con sus doctrinas místicas y su sentimiento instintivo, que puede conducirnos, á su entender, por el camino de investigaciones profundas, nuevas y trascendentes? Los neoplatónicos de la escuela alejandrina convirtieron la metafísica en magia, y los alemanes la han convertido en logogrifo.

La filosofía, que entre todos los ramos de los conocimientos humanos ha contribuido sobremanera á agitar la mente, ha dado margen á las especulaciones mas extravagantes y ruines, exaltando en todas las épocas el espíritu de los hombres, separándoles de la vida pacífica, y precipitándoles en los errores mas lastimosos, como nos lo atestigua la historia. ¿No fué la multitud de filósofos, no fueron sus escuelas y sus sectas, que sacudieron hasta en sus cimientos los principios de la buena moral entre los hebreos? ¿No fueron filósofos los que sublevaron al pueblo contra Sócrates y le prepararon la cicuta porque escarneaba sus sofismas? ¿No se vió Roma en la dura necesidad de espulsar á todos los filósofos que vivían en su recinto, porque propagaban las doctrinas mas perversas contra las leyes establecidas? Federico II de Prusia, á pesar de que quería ser llamado por vana ostentación filósofo ¿no dijo repetidas veces que si hubiera querido castigar á alguna de sus provincias la habría mandado un filósofo para gobernarla? En la época del renacimiento, ¿no fueron Pomponazzo, Campanella, Patrizio, Telesio, Valla, Vanini y otros de la filosófica familia, que pusieron en duda las verdades mas augustas, y allanaron el camino á las aberraciones modernas mas monstruosas? ¡Ah, dichosos nuestros progenitores, que en vez de devanarse los sesos con investigaciones fútiles, pensaban poco y disfrutaban mucho, viviendo en el seno de aquella tranquilidad de espíritu propia del hombre perezoso!

Yo sé muy bien, que la sociedad depravada en que vivimos, y el crecido número de libros que se da á luz, fomentan el delirio de la lectura, y que esta enfermedad no puede cortarse de raíz hasta que no se establezca en bases firmes el reino de la pereza, pero si queremos aminorar el mal, para dirigirnos luego al puerto de salvación, separémonos de esos estudios perniciosos, que se han usurpado el título de graves, y limitémonos á leer de vez en cuando libros amenos que recreen la mente sin cansarla, como por ejemplo la gran colección de novelas que hoy tenemos en la biblioteca Levy, verdadero tesoro para los que quieran aprovecharle. Una lectura seria y detenida daña al individuo, y yo conozco á un hombre muy aventajado, que cuando lee mucho se le caen los pelos del bigote.

¿Qué ventajas han sacado los hombres rebelándose contra la vida pacífica y tranquila para abandonarse á esa que se llama actividad del espíritu, al furor de las conquistas y al deseo de engrandecerse? Su única ventaja ha sido acrecentar la multitud de los males y de las enfermedades que nos acosan. La irrupción de los árabes en el siglo VII trajo



del Africa y derramó por todo el globo las viruelas, enfermedad que no tuvieron los antiguos, y que segun se calcula llegó á diezmar en un corto número de años la poblacion de las tierras hasta entonces conocidas. El descubrimiento del Nuevo Mundo fué la época desastrosa de aquella fatalidad que ha contribuido á la degeneracion de nuestra estirpe, inoculando de padre á hijo un veneno destructor, ignorado por los pueblos que nos precedieron. La estension del comercio marítimo, y esos viages de uno á otro polo, atravesando las olas tempestuosas del Océano, dieron origen y perpetuaron el escorbuto. Los tártaros trajeron á Polonia y otros países del Norte la plica pletórica, enfermedad terrible, que reconcentrando mucha sangre en la raíz del pelo de la cabeza, lo engruesa hasta el extremo de que los cabellos se convierten en tubos llenos de sangre. Las aneurismas, las afecciones nerviosas, las apoplejías ¿no dimanaban todas de los excesos del trabajo, de la meditacion profunda, y de la combinacion estudiada de alimentos esquisitos al paladar, y muy perjudiciales á la salud? Por esto decia Séneca á los romanos cuando se quejaban de sus males físicos: «la culpa no es de la naturaleza, sino de nuestros cocineros.»

En los tiempos mas remotos, en esos tiempos que llamamos todavía patriarcales, en esos tiempos, en que los hombres vivían en el seno de la paz y del reposo, no había enfermedades, ni médicos, y los hombres morían de vejez. ¿Quién ha vivido 996 años como Mathusalem, ó 900 como Noé? Se me dirá tal vez que el gran cataclismo del diluvio universal alteró las condiciones del globo, y debilitó nuestra naturaleza. Esto no es del todo exacto, y nadie osará negar que también hoy disfrutan de una vida robusta y longeva los hombres que viven en el descanso y santamente perezosos, separados del lujo y de todo lo que puede poner en desasosiego el ánimo. Pero si la actividad y el trabajo han acarreado graves perjuicios al hombre, que lleva su codicia hasta el punto de registrar las entrañas de la tierra para apoderarse de los metales preciosos y de los minerales, no han contribuido menos á alterar la salud con sus penosos estudios todos esos doctores, que creen adquirir gloria inventando nuevos sistemas de curacion, y recetando fármacos nuevos, que pueden mas bien merecer el nombre de venenos que de remedios. Boehraave, cuyo nombre adquirió tanta celebridad, que un día llegó á sus manos desde el fondo del Asia una carta con este sobre: «A Boehraave en Europa:» Boehraave, digo, ¿no acrecentó los males de la humanidad con su medicina vitalista, que pretendía explicarlo todo por las leyes de la mecánica, hermanada con la química? ¿No fueron muchos los perjuicios que originó Brown á los desventurados mortales con su teoría de la escitabilidad? Ese doctor, y en tiempos mas modernos Rasori, con su teoría del contraestímulo ¿no facilitaron el camino á Broussais, que pretendía explicar todos los fenómenos patológicos por la irritacion é inflamacion de los tejidos, y que ordenaba mas sangrías que el doctor Sangredo, que tanto figura en el Gil Blas de Santillana? Si todos esos hombres, en vez de entregarse á elucubraciones, no menos improbas que dañosas, hubiesen preferido vivir en el seno de la pereza ¿no habrían hecho el gran bien á la humanidad de no enviar prematuramente al otro mundo un sinnúmero de víctimas? Podemos, sin embargo, alentar la viva esperanza de ver disminuir los males ori-

ginados por la medicina, echándonos en brazos de la homeopatía, que ha encontrado el elixir de la vida en sus globulitos. Si la escuela homeopática, si esa escuela sencilla sepulta á todas las demas, serán inmensos los beneficios que producirá á las generaciones futuras: si llega á su apogeo, espero que pasará de los globulitos á la nada. Entonces desaparecerán de la faz de la tierra los químicos, los botánicos y los boticarios; entonces la pereza triunfará; entonces volveremos á los tiempos antediluvianos en los que no había, como queda consignado, ni medicamentos, ni el cúmulo de tantos males; y si ligeras indisposiciones alteraban la salud, las curaba la naturaleza, como sucede hoy con la hidropatía, sistema sencillo, que lo cura todo con el agua clara. ¡Ah, ese específico es muy bueno, porque nos bastan las fuentes y los ríos para estar sanos! Pero entre las escuelas médicas, mas bien filosóficas que curativas, no encuentro ninguna tan maravillosa y muy propia para establecer y consolidar el reino de la pereza como la del doctor Gall, si nuestros legisladores quieren tomarla en la consideracion que merece.

Este varon ilustre, fundador de la craneoscopia, y padre de todos los frenólogos, demostró, apoyándose en muchas y repetidas esperiencias, que por los signos exteriores del cráneo podemos llegar á conocer la fuerza de las facultades intelectuales y de los instintos del hombre. ¡Cuánta claridad en sus doctrinas! ¡cuánta precision en sus ideas! ¡cuánta infalibilidad en todas sus observaciones! Algunos pretendieron refutar el sistema de Gall, y echando mano de las armas de la persecucion, dijeron que tendia á destruir el orden social, porque admitiendo en el hombre instintos terminantes que lo llevan á la virtud ó al vicio, se anulan el libre albedrío y la responsabilidad de nuestras acciones. Pero Gall supo resistir á sus opositores, y despues de haber defendido su sistema con nuevos argumentos y pruebas que no admiten réplica, dijo que todos los instintos del hombre, por muy pronunciados que sean en el cráneo, pueden modificarse, destruirse y también dirigirse por un camino opuesto, mediante la fuerza de la educacion y del hábito, porque así como el ejercicio de una facultad ó de un órgano los robustece y desarrolla, la persistencia en reprimirlos los atrofia (1) y anonada. Un hombre, pues, que nace para su desventura con el instinto muy desarrollado en su cráneo de robar y asesinar, podrá con sus esfuerzos convertir estos dos vicios abominables en virtudes ejemplares, como la caridad en desprenderse de los bienes propios para socorrer á los demas, y el aborrecimiento á la sangre. Estas razones agradaron á muchos, y nuestro doctor fué menos perseguido; pero sus discípulos y el mismo Gall se manifestaron propensos á creer hasta cierto punto, que hay malos instintos que parecen absolutamente incurables, por lo que doctos jurisconsultos, sin rechazar ni adoptar el sistema de aquel gran médico-filósofo, y ateniéndose á sus opiniones particulares, supusieron que hay hombres que han nacido tan solo para delinquir, y fallaron, animados por un gran espíritu de filantropía, que el remedio mas caritativo era mandarlos sin demora á la eternidad. Yo no apruebo ni censuro sus buenas intenciones; pero persuadido de que el sistema de Gall se apoya en ba-

(1) Esta palabra, propia de la medicina, se aplica á los órganos ó funciones del cuerpo humano que pierden su fuerza y vitalidad.



ses muy firmes, creo que aun cuando se quiera admitir que hay malos instintos, que parecen incurables, nuestros sábios legisladores podrán destruirlos dando mucho ensanche al reino de la pereza. Esta virtud suprema es la inaccion habitual, y su consecuencia no dañar á nadie, porque el hombre perezoso, que prefiere la paz y el descanso á todo lo demas, está exento de aquella exaltacion de espíritu que arrastra al crimen. Cualesquiera que sean los malos instintos acabarán por extinguirse si el hombre se entrega á la santa pereza. Pero se me dirá, que así como pueden apagarse por este medio los instintos perversos, sucederá lo propio en cuanto á los buenos, porque la inaccion que inspira la pereza lo abraza todo.— ¡Sofisma miserable! ¿No he probado ya que esta virtud es suprema, y que comprende todo lo que puede proporcionarnos felicidad y beatitud? Si esto es cierto ¿cómo se pretende ahora que puedan existir instintos buenos y virtuosos, que no estén comprendidos en la vida del hombre perezoso? Y un gran santo, que si no me engaña la memoria, fué el beato Bernardo de Corleone ¿no dijo en tono magistral y seráfico: «La vida del buen cristiano es la vida del perezoso?»

No quiero sostener con Rousseau que el hombre que piensa es un animal depravado, pero no puedo negar que el que piensa mucho acaba por dañarse á sí mismo y perjudicar á los demas, cómo nos han dado siempre, y nos dan un vivo testimonio de ello, los que abogan en favor del progreso, haciendo alarde cada día mas de proyectos nuevos, que agitan los espíritus y conspiran contra el bienestar de la humana raza.

Todo lo que acabo de esponer, en abono de mi tésis, se apoya en la realidad, fruto de la esperiencia, y en las tentativas muy sensatas de los verdaderos sábios, que insinuando ó promoviendo reformas radicales, no han hecho mas que recomendar, bien sea directa ó indirectamente, la práctica de una vida sosegada y pacífica, que pueda restablecer al hombre en su estado primitivo, y llevarle á la inocencia patriarcal. Aunque podría probar mi aserto, consignando en estas páginas lo que imaginaron de mas útil y peregrino sobre el particular Campanella en su ciudad del Sol, Bodino en su república, Harrington en la Oceanía, y tambien Fenelon cuando describe en su Telémaco la vida sencilla de los habitantes de la antigua Bética y de Salento, considerando que estos varones ilustres no esponen con viveza de colorido los graves perjuicios que acarrea el amor al progreso, me limitaré á emitir algunas reflexiones sobre el socialismo, que tiene todavía secuaces y partidarios, estimulado por el fervoroso deseo de que los filántropos modernos pongan en juego todos sus esfuerzos para sacarle de la postracion en que ha caído. El socialismo únicamente puede producir el saludable efecto de una vida tranquila; el socialismo puede proporcionarnos una verdadera felicidad; el socialismo puede borrar de todos los códigos de Europa las palabras de tuyo y mio; el socialismo, en fin, puede realizar la disolucion completa de la sociedad en que vivimos, declarando que la propiedad es un robo, y restituyéndonos todos los bienes que deben ser comunes. Carlos Fourier pretendia destruir con sus falansterios esas grandes ciudades, foco de corrupcion, limitar el territorio de todos los Estados con la buena intencion tal vez de nivelarlos á la república de San Marino, al principado de Monaco ó la inculta república de Andorra; renovar aquella fraternidad

que disfrutaron en otros tiempos los pitagóricos, y establecer la comunidad del trabajo: este último pensamiento es verdaderamente colosal. Persuadido un hombre laborioso de que por mucho que se esfuerce no logrará nunca aumentar el cúmulo de su riqueza, procurará trabajar lo menos posible, y todos los hombres, desterrando paulatinamente la avaricia, el egoismo, el deseo de mejorar su fortuna, y prefiriendo el reposo á toda clase de trabajo, la nueva sociedad, organizada por Fourier, daría un completo triunfo á la pereza, tan beneficiosa para la humanidad. Entonces llegaria á realizarse aquella paz universal, idolatrada por el abate de Saint-Pierre, y podrian plantearse muchas de las reformas é innovaciones proyectadas por el célebre San Simon, precursor de Carlos Fourier. San Simon murió escarnecido y abrumado de miserias, pero con la conciencia de su propio genio, que no le abandonó jamás. Cuando este varon insigne vió por primera vez á madama Staël en Suiza, la dijo estas palabras memorables: «Señora baronesa, vos sois la muger mas extraordinaria del mundo, y yo el hombre mas extraordinario: uniéndonos los dos procrearíamos un hijo mas extraordinario aun.» Staël, que á pesar de sus talentos elevados no supo comprender el sentido de las palabras referidas, contestó con una gran careajada; pero yo, que miro mas al fondo de las cosas, no dudo en afirmar, que las dictó á San Simon su genio, y que este gran personaje, conociendo que las empresas escabrosas, aunque muy útiles, necesitan largos años para realizarse, alimentaba el anhelo filantrópico de legar al mundo un heredero que pudiera llevar á cabo las reformas de su querido padre. ¡Ah, únicamente San Simon y Carlos Fourier conocieron los males que nos acosan! ¡Esos dos hombres únicamente con su nueva organizacion del trabajo y su comunismo podian echarnos en brazos de la pereza, que prodiga al hombre bienes inagotables! Reybaud en su historia de los «reformistas modernos», califica de soñadores á San Simon y Fourier; pero yo, dando oído á las voces de mi conciencia, los proclamo genios creadores, y espero que la realizacion de sus doctrinas coronará mis votos.

¡Ojalá los hombres de nuestra época hubiesen sabido aprovecharse de los pequeños motines y alborotos, que han producido las ideas socialistas entre obreros y emprendedores por el aumento de salario! Si los gobiernos, en vez de acudir á medidas enérgicas ó conciliadoras, como sucedió en Inglaterra con los cartistas, y en Cataluña con algunos obreros, hubiesen dejado tomar incremento á la paralización benéfica del trabajo, el comercio habria perdido su actividad codiciosa, los hombres se habrian acostumbrado al reposo, y se habriadado una bella iniciativa al reinado de la pereza: fruto sabroso del socialismo y anhelado por los buenos.

Que todos los periódicos se esfuerzen en propagar sus ideas y doctrinas: que aboguen los unos por el absolutismo y la santa inquisicion; que aboguen los otros por el progreso y la democracia; que defiendan estos los gobiernos representativos; que fomenten aquellos la anarquía, si así lo quieren: ninguno de todos esos periódicos podrá proporcionarnos felicidad hasta que sus redactores se determinen con sano juicio á proclamar el reino de la pereza en vez de ocuparse de política palpitante.

¿Es cierto, como lo he probado, que el trabajo es con-



trario á la naturaleza del hombre, y un fruto de la culpa de nuestros primeros padres? ¿Es cierto que el hombre no puede reconquistar su inocencia sino aborreciendo el trabajo y entregándose á la vida contemplativa? ¿Es cierto que todas las enfermedades y males físicos han dimanado del espíritu inquieto y de la actividad del hombre? ¿Es cierto que esta misma causa, que exalta todas nuestras pasiones, conturba las conciencias mas timoratas y abre la puerta á todos los vicios? ¿Es cierto que recordamos todavía con triste dulzura la vida de nuestros progenitores y antiguos patriarcas, que pasaban sus dias en el seno de la paz? Si estas verdades no admiten réplica, está ya resuelto el gran problema de la felicidad humana: descanso, reposo, pereza.

SALVADOR COSTANZO.

## PARIS, LONDRES Y MADRID. (1)

### XXVIII.

Londres, abril, 1856.

En la rápida escursión por Londres que acabo de hacer á vista de pájaro, he nombrado muchos sitios que bien merecen una visita mas detenida, y otros de que es preciso decir algo mas para dar siquiera una idea algo aproximada de su carácter y fisonomía.

Uno de estos sitios es la City: ya he dicho que se da este nombre con particularidad al populoso barrio que rodea á la Bolsa, centro de la alta banca y foco activísimo de la prodigiosa vida mercantil é industrial que anima á esta ciudad. Allí se hacen los grandes negocios, allí tienen sus escritorios todos los banqueros, allí están las oficinas (*offices*) de todas las grandes compañías industriales: allí, en fin, están el Banco y las principales dependencias del gobierno en el ramo de Hacienda. Una peculiaridad de este barrio es que siendo el mas populoso de Londres á ciertas horas del dia, —desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde,—viene á quedar casi desierto antes y despues de esas horas. La razon es que allí en realidad vive muy poca gente: los banqueros, todos los hombres de negocios que tienen allí sus escritorios, sus oficinas, y la muchedumbre que acude á estos establecimientos por mil motivos, habitan en otros barrios, ó en el campo, tal vez á 15 ó 20 millas de Londres. Aquí la distancia no es obstáculo para nada, pues no hay punto por donde no pase, ó muy cerca, algun ferro-carril que le lleve á uno adonde necesita ir. Banqueros opulentos que habitan soberbios palacios en sitios los mas distantes de la City—en los jardines de Kensington, por ejemplo, como nuestro apreciable compatriota el señor Murrieta,—los Rotchild, los Hope, todos los gigantes de la Bolsa ante quienes los reyes y los pueblos se inclinan en sus apuros, y de cuyas arcas, nuevas cajas de Pandora, salen la paz y la guerra, las repúblicas y las dinastías, acuden infaliblemente todas las mañanas, en los dias no festi-

vos, á sus respectivos escritorios, llevándose cada cual en pos de sí centenares de intereses, representados por millares de individuos. Cada cual es como un sol que arrastra en su luminosa órbita innumerables planetas y planeteculos. Solo en la City consienten que se les hable de negocios; pasadas las cinco de la tarde, de vuelta en sus magníficos salones, ya no son banqueros, sino príncipes. Así es que á aquellas horas, todo este barrio fermenta y trabaja como el interior de una colmena: cada calle es un hormiguero de gentes que vuelan en todas direcciones tras un mismo fin, el dinero! No todos logran proporcionarse áquello locales espaciosos ni aun decentes para sus oficinas: yo las he visto pocas modestas que algunos de nuestros puestos de memorialistas, en que se hacen, sin embargo, diariamente negocios por millones de libras esterlinas, cosa muy seria. Obsérvese que la unidad monetaria adoptada en cada país suele dar la medida proporcional de su riqueza respectiva: en Inglaterra se cuenta por libras esterlinas, en Francia por francos, en España por reales y en Portugal por reis!.. No me atrevo á calcular cuántos miles de reis se necesitan para hacer una libra esterlina, pero deben ser muchos.—Cierto que no hay exactitud, ni aun casi aproximación á ella, en los términos de esta escala descendente. El salto de Inglaterra á Francia, sobre todo, es muy violento; pero basta á mi propósito que esa progresión exista; y que exista en efecto ¿quién lo duda?—En aquellas oficinas por lo general no circula moneda alguna; los pagos se hacen por medio de bonos ó de talones, con los cuales se va á cobrar á alguno de los bancos que pululan alrededor de la Bolsa, y en los que todo negociante y casi todos los particulares algo acomodados tienen su cuenta corriente.—El departamento conocido con el nombre de *caja*, que forma parte integrante de nuestras casas de comercio, es desconocido en Londres, por lo menos á lo que yo he visto: aquí no hay mas cajas reales y efectivas, es decir, cajas con metálico sonante en grande escala, que las de los bancos. Es preciso visitar uno de estos establecimientos á las horas de los pagos para formarse idea de lo que puede abultar el dinero! Otra idea menos material despiertan estos sitios, y es la de la grandeza de los negocios que abarca el comercio inglés, y la de los enormes caudales que pone aquí en movimiento la palanca del crédito. Es aquello un verdadero Pactolo, sin metáfora poética: el oro fluye á raudales por aquellos anchos mostradores, manejado con palas, pesado á granel con la misma aparente indiferencia con que nuestros cosecheros manejan y pesan sus sacos de trigo. Y este es un espectáculo que puede disfrutar cualquiera: aquellos bancos están abiertos á todo el mundo, sin enrejados, sin aparato alguno de fuerza armada: no se ve un soldado por todas aquellas cercanías. Allí se entra á cobrar lo mismo un *check* (talon) de cien mil libras que de dos, y con la misma serenidad se paga el uno que el otro. Es tal la confianza de estos banqueros en la probidad pública, ó si se quiere, en la exquisita vigilancia de la policía, que nunca se los ve tomar ni aun las precauciones mas vulgares contra las malas tentaciones que naturalmente debe excitar el cebo de tantas riquezas en los pobres de Londres, los mas pobres de la tierra. Este es el país de los contrastes: así como en ninguno, á lo que creo, hay gente tan rica como en este, así es preciso venir aquí para formarse idea del extremo de pobreza á que puede llegar el

(1) Véase los números de enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio y agosto, pág. 20, 41, 51, 86, 128, 164 y 187.



hombre. Comparados con estos pobres, nuestros mendigos son unos sujetos bastante acomodados.

Todo esto me parece característico y peculiar de la *City*. En París, con ser un pueblo tan rico, no he visto nada que se parezca ni á esta abundancia de metálico, ni á estas admirables *indiferencia* en los que lo dan y *confianza* en los que lo reciben. Ambas cosas tienen su explicación natural: la abundancia del dinero, causa y efecto al mismo tiempo de que este sea el mercado mas rico del mundo y en el que se hacen negocios mas en grande, produce esa *indiferencia* en los que pagan, hija de la costumbre diaria de manejar grandes sumas. La *confianza* por parte de los que las reciben prueba no solo que en este comercio la buena fé es cosa corriente, sino tambien que la moneda circulante aqui es de buena ley, lo cual honra al gobierno del país. Aqui en efecto no veo que circulen, como en otros países que yo me sé, monedas roñosas, faltas de peso, rellenas, agujereadas, indecentes, que hay que ir examinando una á una, y sobre las cuales puede sostenerse una discusión de media hora sobre si valen tanto ó cuanto, ó no valen nada. Aqui las libras esterlinas (*pounds*), todas iguales entre sí, relucen como estrellas en un limpio cielo de enero; las coronas de plata (*crowns*), valen sus cinco chelines como un ochavo; los chelines (*shillings*) son verdad, y hasta los modestos peniques de cobre (*pence*) tienen su mérito. Aunque buen español, declaro que prefiero esto resueltamente á las variedades y peripecias curiosas de nuestro extravagante sistema monetario con sus napoleones exóticos de 19 rs. que diz que valen 17 y pico; con sus pesetas de 32 cuartos, de 34 y columnarias de 42 1/2,— y con su fétida calderilla vieja que ensucia y envenena los dedos que la tocan. Si á lo menos al dar cuartos de vuelta en las tiendas se los diesen á uno envueltos en una carterita de papel, como aqui se usa!... pero ni aun eso.

## XXIX.

San Pablo, la iglesia catedral de Londres, es el mas grandioso monumento artístico de esta capital. Obra del arquitecto Cristóbal Wren, cuyo nombre va unido á la historia de casi todos los grandes edificios fabricados despues del desastroso incendio de 1666, que segun creo haber dicho antes, devoró una buena parte de esta ciudad, empezó á construirse en 1675, y costó hasta su conclusión en 1710 la respetable suma de ocho millones de duros, obtenidos mediante un pequeño aumento en el impuesto sobre el carbon. Ya he indicado que esta iglesia es una imitación del San Pedro de Roma; pero si vista por fuera recuerda en efecto la soberbia basílica vaticana, vista por dentro parece... cualquier cosa, menos una iglesia. La planta del edificio tiene la forma de una cruz: en el punto de intersección de sus dos brazos estriba la cúpula, que es altísima. Helado se queda uno al entrar en aquella inmensa nave, desnuda de todo ornato, con sus paredes blancas sin carácter alguno, y como aguardando á que se la destine al objeto para que ha debido ser construida, pues no se concibe que se haya labrado toda aquella piedra y se hayan gastado todos aquellos caudales para hacer un gigantesco salon y dejarle así. Este es, en lo humano, uno de los mas tristes efectos del culto adoptado, mejor diria abolido por las sectas protestantes: so pretexto de rechazar toda idolatría, como dicen

sus ministros, generalmente buenos maridos y excelentes padres de familia, lo que rechazan de sus templos es toda belleza, toda poesía, todo lo que puede exaltar la imaginación y elevar el alma. Una Biblia en lengua vulgar, unos cuantos bancos y un púlpito de madera, hé aquí todo el aparato que requiere el culto anglicano. Como es difícil llenar con esto un área de sobre 2,500 pies, el templo de San Pablo viene á ser tambien una especie de panteon y un conato de museo de escultura. A veces se le da ademas un destino político. Aquellas altas bóvedas, reyesitadas todo el año de una magestad glacial, suelen animarse en ciertos dias con los clamores profanos de algun *meeting* ó con las luchas electorales de los *hustings*.

Sucursales de la abadía de Westminster en el concepto de panteon consagrado á todas las glorias nacionales, San Pablo contiene multitud de monumentos de hombres ilustres en todas las carreras. Entre ellos llama la atención uno muy magnífico, obra del célebre Flaxman, dedicado á Nelson.

«¡Tambien Nelson allí!...»

Sus despojos mortales yacen en una bóveda, debajo del coro, junto á los del arquitecto Wren y los de los ilustres pintores Reynolds y Lawrence. Obra de Flaxman es tambien el sepulcro monumental del almirante Howe, enterrado igualmente en esta iglesia.

Para ver bien los frescos de la cúpula, que representan varias escenas de la vida de San Pablo, es preciso subir á la galería llamada de los ecos (*whispering gallery*), lo cual cuesta la módica suma de seis peniques. Y á propósito, no basta advertir, como dije al hablar de la Torre de Londres, que aqui no se ven nada de balde, pues pudiera creerse que todo se reduce á pagar la entrada cuando se va á visitar algun edificio público, lo cual es ya algo duro, pero tolerable al cabo. La broma es mas pesada: pagar la entrada es lo de menos; lo peor es que luego hay que volver á pagar á cada nuevo punto del edificio que uno visita, por manera que hay que ir siempre con el bolsillo en la mano,—ó con la mano en el bolsillo, como se quiera.—En San Pablo, lo mismo que en todas partes, los precios están sujetos á tarifa: tanto por visitar las capillas; tanto por bajar á las bóvedas; tanto por subir á la torre; un poco mas por ver el reloj; todavia mas por encaramarse con peligro de la vida hasta el interior de la misma bola con que remata el edificio, que tiene seis pies de diámetro, y desde donde se disfruta tambien un admirable panorama de Londres.

Las pinturas de la cúpula son obra de James Thornhill, á quien los ingleses llaman su mejor pintor de historia; algunos añaden que no es solo el mejor, sino el único que tienen, ó mas bien tuvieron, pues pertenece al último tercio del siglo XVII. Thornhill recuerda la grandiosa manera de Rubens y su valiente colorido: los frescos del hospicio de Greenwich pasan por sus mejores obras. Recuerdo haber leído en una biografía de este pintor una anécdota curiosa que se refiere á estas pinturas de San Pablo. Thornhill las ejecutaba subido en un andamio, sobre el cual, segun costumbre, se le habia dispuesto un gran tablado sin barandilla. Un día, para juzgar del efecto á cierta distancia, de una figura que acababa de pintar, iba como suelen los artistas, mirándola y andando hácia atrás al mismo tiempo, todo embebecido en su contemplación y olvidado de la citada ausencia de barandilla. Ya llegaba al mismo borde



del tablado é iba á poner un pie en el vacío, cuando un su amigo que estaba allí con él y lo advirtió de pronto, juzgando con rara serenidad que todo aviso sería ya inútil ó serviría solo tal vez para precipitar la catástrofe, asíó una brocha llena de color, y precipitándose sobre la pintura fresca todavía deshizo con un chafarrinon la cabeza de San Pablo.

—¿Qué haces? exclamó Thornhill fuera de sí, arrojándose como un león sobre su amigo.

—¡Salvarte la vida! respondió éste con la magestad de un antiguo romano.

Desgraciadamente para la autenticidad de esta anécdota, la misma exactamente se cuenta de otros muchos pintores célebres colocados en iguales circunstancias; de donde deduzco que el referido suceso, como tantos otros, *se non e vero, e ben trovato*.

Alrededor del templo, circundado por una gran verja, se extiende un terreno cubierto de yerba, entre la cual brillan de trecho en trecho algunas losas sepulcrales. Aquel espacio es un cementerio. Aquí los hay en todas las parroquias; peculiaridad también de este pueblo, que solo he visto en Inglaterra, la de enterrar á los muertos en medio de los vivos. En todas partes pasa esta costumbre, universal en Europa hasta fines del siglo pasado, por contraria á la salubridad pública, y en tal concepto está abolida, á lo que creo, en todo el continente; aquí se conserva como tantas otras reliquias de la edad media, en medio de la admirable civilización moderna, y nunca he oído decir que produzca inconveniente alguno. Consistirá acaso en el clima, ó puede que realmente baste depositar los cadáveres á cierta profundidad en el seno de la madre común, para que no haya peligro de que inficionen la atmósfera con miasmas deletéreos. Dado que esto sea así, y aquí lo es sin duda, paréceme que una de las libertades lícitas debería ser la de poder uno irse á vivir, si tal es su voluntad, al lado de un cementerio, por manera que con solo asomarse á la ventana ó salir á la calle, tenga á la vista el sepulcro querido de un padre, de un hermano, de un amigo. Aquí los que habitan alrededor de las iglesias parroquiales tienen por vecinos á los muertos á quienes amaron en la tierra.—De esta comunicacion diaria con los que nos han precedido en el camino de la eternidad, dado que no perjudique al cuerpo, ¿puede resultar algun mal? no lo creo, antes bien la juzgo provechosa. Una de las cosas mas necesarias en la vida, es acordarse con frecuencia de la muerte.

EUGENIO DE OCHOA.

### SINÓNIMOS CASTELLANOS.

COLINDANTE, CONFINANTE, CONTERMINO, FINITIMO, FRONTERIZO, LÍMITROFE, LINDANTE, RAYANO.

Todos estos nombres y acaso alguno más tenemos para indicar la línea más ó menos marcada, más ó menos próxima, que divide ó distingue unas de otras las posesiones, los pueblos, las comarcas, las provincias, las naciones, y por extension, sus habitantes. Las personas instruidas saben hacer la posible separacion en el uso de unos y otros vocablos, y con todo, por ser tantos, todavía hay parejas de ellos que, como sinónimos, se pueden emplear indiferentemen-

te. Probemos á explicarlos uno á uno lo mejor y mas distintamente que podamos.

El *línde* es propiamente la inmediacion, la contigüidad de dos casas, dos heredades, dos caminos; por consiguiente denota una línea más circunscrita, ménos extensa, más interior, digámoslo así, que cualquiera de las indicadas por los otros adjetivos. *Lindante* y *colindante* son pues lo que inmediatamente sigue ó toca; pero con la diferencia de que el primero considera uno sólo de los dos puntos contiguos, y *colindante* los dos. La casa de D. Pedro, diremos, es *lindante*, no *colindante* á la de D. Antonio, y que las casas de D. Antonio y D. Pedro son *colindantes* no *lindantes*, á ménos que se diga *lindantes entre sí* ó *lindantes una de otra*.

*Contermino* únicamente califica al pueblo cuyas pertenencias territoriales *terminan* donde principian las de otro, y por tanto, no es aplicable este adjetivo á mayores extensiones de territorio.

*Confinantes* se dice lo mismo de dos poblaciones entre sí que de dos provincias ó reinos, aunque con la misma significacion de estar inmediatas sus respectivas demarcaciones. Parecen no obstante más apropiadas que dicho adjetivo para denotar la vecindad de dos estados independientes las voces *limitrofe* y *finitimo*, aunque ésta no es de gran uso, y aquella se suele adaptar también á provincias que dependen de un mismo gobierno.

Lo *fronterizo* es siempre de nacion á nacion, mas no tanto con respecto á los fueros de la propiedad como bajo el aspecto de su seguridad y defensa. Desde los tiempos en que dentro de nuestra Península guerreaban unos con otros sarracenos y cristianos, fueron las *fronteras* otra cosa que los *límites* y *confinas*; se denotaba con ellas una serie de fortalezas levantadas, no en toda la jurisdiccion de lo poseído ó conquistado, sino en los puestos más importantes. *Frontera* y *fronterizo* quieren dar á entender que se está *frente á frente* con amigos mal seguros ó con enemigos declarados. De aquí el llamar *fronterizos*, y no *confinantes* ni *limitrofes*, á los marroquíes, en cuya costa somos dueños, no en verdad sobradamente tranquilos, de algunas plazas: de aquí el llamar también *fronterizas* y no de otro modo á las que guarnecemos en los *confinas* ó en la *raya* de Francia y de Portugal.

Por último, *rayano*, que principalmente se refiere á las líneas, límites ó rayas internacionales, aunque no desdiga la voz adaptándole á las meramente provinciales, tiene más aplicacion á personas que á cosas: por ejemplo, decir que el Ampurdan, ó la Cerdaña, ó varios pueblos y valles de Aragon, Navarra y Guipúzcoa son *rayanos* de Francia, y Ayamonte, ó Tuy, ó Ciudad-Rodrigo *rayanos* de Portugal, no nos parece tan castizo, como el que así se llamen en ciertos lugares los catalanes, los aragoneses, los navarros, etc.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

### KUFSTEIN.

El Tirol, ese país que ahora ofrece tanto interés por la guerra que el emperador Napoleon III y el rey de Cerdeña Victor Manuel han llevado y terminado ya en las ricas provincias del reino Lombardo-Veneto, se halla dividido



en nueve círculos. Su capital, Innsbruck, se halla situada en el círculo que se designa bajo el nombre de Unter-Junthal; así en esta división se halla comprendida la pequeña población de Kufstein, alineada sobre la orilla derecha del Inn, y dominada por la Josephsburg, fortaleza que corona una escarpada roca. Puede considerarse á Kufstein como una de las ciudadelas de Innsbruck. Así se ve figurar mas de una vez su nombre en la relación de las guerras de los franceses con el Austria en 1809. Así probablemente volveremos con igual ocasión á oír sonar su nombre. Cuando se sublevó el Tirol, no para conservar ó conquistar su inde-

pendencia, sino únicamente para escapar á la dominación de Baviera, y defender y consolidar su sumisión al Austria, Kufstein fué una de las primeras posiciones de que se apoderó el heroico Andrés Hofer.

Pero la voluntad absoluta de Napoleon era separar el Tirol del Austria, y en 1809 aquel hombre enérgico podía todavía cuanto quería. El mariscal Lefebre, el general Wrede y el general bávaro Deroi tuvieron que habérselas y dieron buena cuenta de los austriacos; mas tenaz resistencia hallaron en los tirolese, que defendieron si no su independencia al menos sus hogares. Hubo un momento en



Kufstein.

que Andrés Hofer pudo considerarse como relevado de sus compromisos con el Austria, que vencida en Wagram le había abandonado; pero combatió con igual decisión y fidelidad, aunque su fortuna no podía prevalecer contra los ejércitos de Napoleon. El general Deroi ocupó á Kufstein, y supo mantenerse en aquel punto. El Tirol quedó, á pesar suyo, formando una provincia de Baviera, hasta que la paz de París en 1814 volvió á incorporarlo al Austria. La fortaleza de Josephsburg es hoy una casa de corrección.

son encantadores los paisajes que rodean á Kufstein.

Entre las altas montañas que se elevan al Este, se hace admirar notablemente el Kaisergebirge y el Lintere-Kaiser ó Schef-Fauerspitz, de altura de 2,175 metros. Los habitantes son católicos y hablan alemán; fuera de las poblaciones son labradores, pastores, leñadores ó mineros. Su traje ha conservado un carácter pintoresco: los hombres llevan tirantes cuadrados y bordados; las mugeres sayas cortas de colores vivos, gorras en figura de azucarillos y medias encarnadas, con un airoso y escotado zapato.

EL CONDE DE FABRAQUER.

